

ción tuvo grandes consecuencias para muchas construcciones, desviadas de sus primitivos destinos, como sucedió con el nuevo Castillo del Real de Manzanares, y la única sorprendente excepción que por aquellos tiempos se encuentra, muerta ya la Reina Isabel, será la de la exótica edificación de La Calahorra de Granada, tolerada al caprichoso Marqués del Zenete, en las fragosidades de las Alpujarras.

Sorprende, pues, que en los inmediatos reinados, cuando la unidad está ya robustecida y que la fortificación, de hecho exclusivamente nacional, se reconcentra en costas y fronteras o en aquellas posiciones interiores eminentemente estratégicas, se permita erigir estas auténticas fortalezas de guerra. Acaso y seguramente, la explicación pudiera hallarse en una de esas corrientes de *snobismo* a que en ciertas ocasiones somos particularmente dados, como sucedió en el siglo XV, en que los nobles, a la vista de los Castillos que ellos visitaban fuera de nuestro suelo, quisieron «adornar» los suyos con aquellas innovaciones de los matabanes simulados, los innecesarios «caballeros», las inútiles «guaytas» y otros elementos italianos y franceses que, en efecto, contribuían a embellecer y exaltar la presencia de las fortalezas.

En el siglo XVI, las relaciones con Italia eran continuas y activas. En aquel país, fraccionado y entregado a banderías y revueltas, se había construido una gran cantidad de Castillos, ya completamente aplicados al uso de la artillería, como principal y hasta exclusivo instrumento de defensa. Tarento, Otranto, Messina, Civita Vecchia y las mismas fortalezas papales de Nepi, Gaeta y Ostia, reformadas o reconstruidas a finales del siglo XV y después, si guardaban todavía sus paramentos medievales de matabanes, caballeros y otras piezas más o menos decorativas, propias del gusto y de la exaltación italiana, descansaban enteramente sobre los recios *torrioni*, precursores de los baluartes, debidamente provistos de casamatas y barbetas.

En España, las últimas fortalezas medievales del siglo XV habían ya dado entrada a las piezas artilleras, como vemos en Coca, Medina del Campo, Pedraza y algunas otras. Pero eran instalaciones muy insuficientes, conforme a los usos balísticos del tiempo, sencillos e incipientes. Esas instalaciones no respondían ya a las pretensiones de los nobles del siglo XVI, y por ello se dieron a esas adaptaciones y reconstrucciones de Mula, Canena, Sabiote, Elche, Almanzora, Berlanga de Duero, etc., que con sus gruesos torreones, sus macizos merlones y sus abiertas cañoneras, parecían y lo eran poderosas fortalezas.

Pero lo que admira y no se explica es que el Emperador y su hijo dejaran levantar *de planta* esas auténticas ciudadelas y que, como en la de la Alameda de Barajas, reparada y artillada